

# ***Entornos urbanos y sociedad del riesgo\****

**Carlos Lozano Ascencio**  
Profesor área de Periodismo  
*Universidad Rey Juan Carlos, Madrid*

## **Introducción**

En 2006 se cumplen veinte años de la catástrofe de Chernóbil y cinco de los atentados aéreos a las Torres Gemelas de Nueva York. Ambos acontecimientos, aún incrustados en la memoria colectiva, ya se han catalogado como representativos ejemplos de situaciones de inestabilidad de la llamada “sociedad del riesgo”. De hecho, el accidente de la central nuclear ucraniana coincide en el tiempo con la famosa denominación que el sociólogo alemán Ulrich Beck populariza en sus escritos para caracterizar la época “en la que los seres humanos han de enfrentarse al desafío que plantea la capacidad de la industria para destruir todo tipo de vida sobre la Tierra y su dependencia de ciertas decisiones” (1991:31).

En los ejemplos mencionados, como en la gran mayoría de las catástrofes de nuestro tiempo, existen dos elementos muy importantes y característicos que vale la pena destacar: 1) a partir de Chernóbil la comunidad internacional empieza a tener acceso a los acontecimientos catastróficos fundamentalmente a través de los medios de comunicación (de hecho, en el caso de las Torres gemelas, el acceso es simultáneo y en riguroso directo); y 2) los entornos urbanos, a pesar de no ser los únicos ámbitos de afectación, se convierten en los escenarios más significativos e importantes a la hora de registrar las amenazas y medir la destrucción.

No podemos olvidar que los entornos urbanos son, básicamente, una de las principales herramientas que le ha servido históricamente a la humanidad tanto para preservar su supervivencia y su seguridad como para distanciarse física y culturalmente de los peligros. Hoy en día, sin embargo, son los entornos urbanos los principales escenarios en donde no sólo se propician los mayores riesgos sino, sobre todo, donde se registran las repercusiones y los daños más relevantes. En decir, lo que primero nos sirvió para defendernos y aislarnos de la adversidad, hoy nos sitúa de frente, sin barreras, con los infortunios de una época (la nuestra) en la que se ha incrementado tanto la fabricación de riesgos como el padecimiento de trastornos destructivos.

Desde los inicios de la humanidad los entornos urbanos se construyen (se fundan) y se fortifican (con murallas, paredes, vallas y cercas) para “proteger” a los grupos humanos de los peligros externos, pero, en la actualidad, los entornos urbanos son los lugares donde se corren más riesgos porque cada vez estamos más expuestos tanto a los peligros tradicionales (los

---

\* Publicado en: *III Jornadas de Ingeniería y Sociedad*. Fundación Técnica Industrial. Madrid, 2006 175-191 pp. ISBN: 84-611-3081-2. D.L.: M-42669-2006.

que son propios y frecuentes de cada región y cultura) como a los peligros de nuevo cuño (los que comienzan a ser más frecuentes aunque no sean propios de cada región y cultura).

En la actualidad, las fortificaciones urbanas, más que defendernos de peligros externos, son reclamos turísticos. La incertidumbre, por su parte, se va incorporando y asentando cada vez más en la vida pública de las sociedades y en la vida privada de los ciudadanos. Las distinciones entre lo que queda dentro y está fuera, lo que nos brinda seguridad o inseguridad son delimitaciones “confusamente claras” o “claramente confusas” que le dan identidad a la época que nos ha tocado vivir.

### **Especie urbana (*homo urbanus*)**

La especie humana, básicamente, es una “especie urbana”. Los *homo urbanus* son seres constructores de entornos artificiales que, a diferencia de otras especies animales –también constructoras como los insectos (panales u hormigueros), aves (nidos), mamíferos inferiores (madrigueras), etc.-, tienen la capacidad de modificar los entornos circundantes erigiendo lindes para distinguir a la naturaleza de los espacios construidos. No sólo se trata de una diferencia física que serviría para guarecerse de peligros y para preservar la supervivencia, sino que también se trataría de una diferenciación simbólica que separa las cosas naturales de las cosas sometidas a las finalidades humanas<sup>1</sup>.

Cuando la especie humana consigue diferenciarse del entorno natural se convierte en *homo urbanus* porque, en esencia, se auto-construye un “dominio urbano” para todos los miembros del grupo. Dicho dominio, hecho con piedras y adobe, le permite a la humanidad realizar un despegue cultural sin precedentes porque se puede apreciar con mucha más claridad la dicotomía “dentro/fuera”. En un principio, todo lo que está afuera se relaciona con lo malo, lo desconocido y los temores implícitos; en la lejanía no se percibe con detalle y si se percibe algo se lleva a cabo sensorialmente a distancia o, incluso, extra sensorialmente. Más tarde, lo de afuera se relaciona con todo lo que está al margen de la ley y de las normas de convivencia, lo que aún no tiene explicación y, por supuesto, no tiene ningún tipo de utilidad práctica. Ahí afuera, del otro lado de las barreras arquitectónicas, está todo lo que se relaciona con la incertidumbre, la aversión y, sobre todo, con la inseguridad.

Lo de adentro, en cambio, siempre se relaciona con lo bueno y conocido, con la proximidad sensorial, con lo aceptado por todos, con las leyes de la cohabitación, con las explicaciones –tanto las científicas como las mitológicas– y las aplicaciones prácticas –tecnológicas y rituales– que más se utilizan y que hacen el entorno habitado más comprensible, confortable, seguro y, en definitiva, más humano.

---

<sup>1</sup> Usamos aquí el adjetivo “urbana” no tanto como una noción opuesta a lo rural y lo rústico, sino como una caracterización de la especie humana a la hora de afrontar su propio desarrollo evolutivo en función de la continua e interminable edificación de entornos de supervivencia.

## **Los dominios urbanos**

Es cierto que los entornos urbanos se construyen para defender la vida y la identidad de los grupos humanos, pero también es cierto que las necesidades de guarecerse de los peligros y de preservar la existencia son, sobre todo, reacciones y respuestas anticipadas a la presión que ejerce la naturaleza sobre los grupos humanos. En consecuencia, las primeras moradas que se edifican artificialmente, según lo expuesto, no surgen de manera espontánea, como las setas en un bonito paraje, sino precedidas de una fuerte presión medioambiental sobre los seres humanos. Tales presiones externas, dicho sea de paso, han ido agudizando el ingenio humano (en cualquier época histórica) para poner en marcha, individual y/o colectivamente, toda clase de mecanismos de supervivencia.

Si intentemos situar históricamente a los primeros *homo urbanus*, albañiles de entornos artificiales (aldeas) en plena naturaleza y escasamente poblados, tendríamos que remitirnos a finales del paleolítico, hace tan sólo quince mil años. La presión externa podría estar protagonizada por la gran glaciación que empuja a los grupos humanos a deambular en busca de entornos naturales más asequibles para la supervivencia. En tales condiciones, crece la demanda de alimento, los cazadores intensifican las capturas masivas y se extingue la mega fauna. Las hambrunas hacen mella en la población.

### **Dominio urbano: domesticadores de la naturaleza**

Las primeras moradas que construyeron los seres humanos coinciden con el inicio de la era neolítica. Esa primera gran revolución de la humanidad destaca, sobre todo, por la “domesticación” del entorno natural. “La etimología de la voz ‘domesticar’ es la misma que ‘domar’ o ‘dominar’, pues ambas derivan de *dominus*: en latín, *señor*” (Enrique Gil Calvo, 2003: 140). La “domesticación” del entorno natural no sólo es el control agrícola y ganadero de la alimentación, sino que también es el manejo de variadas técnicas para mejorar la caza (arco y flecha), para almacenar alimentos (alfarería), para trasladar materiales pesados (rueda y carro), etc. La “domesticación” del entorno natural también consiste en establecer el “domicilio” (sedentarismo) desde el cual los hombres intentan “domeñar” y someter al mundo en función de sus propios intereses de convivencia<sup>2</sup>.

### **Mientras el *homo urbanus* “construye escenarios”, el *homo urbanitas* “pone en escena la vida urbana”**

Los entornos urbanos, corazas artificiales frente a lo natural, se crean, se reproducen y se expanden físicamente por el medio ambiente creando moradas, aldeas, pueblos, ciudades, urbes, complejos urbanísticos y megalópolis; los humanos que habitan (pisan) los escenarios urbanos se comportan y se relacionan con los demás de manera diferente a como lo harían

---

<sup>2</sup> No podemos pasar por alto que desde los comienzos de la convivencia grupal, en el interior de los primeros entornos urbanos, surgen inevitablemente peligros que no proceden del mundo exterior sino que se generan interiormente. Hablamos de las epidemias contagiosas que se transmiten por los nuevos animales domésticos y que se propagan más fácilmente por el hacinamiento de la población urbana.

antes de la construcción de dichos espacios<sup>3</sup>. Por esta razón, los entornos urbanos también se expanden culturalmente por el orbe creando mitos, leyes, normas de conducta, códigos de comercio y de circulación, estilos de vestir, de comunicarse y de convivir con los demás. La vida urbana da cuenta del funcionamiento de los entornos urbanos, es algo así como “la puesta en escena” de la existencia y la reproducción de las sociedades.

El *homo urbanus*, tan sólo por vivir y pervivir, relacionarse y compartir, se convierte en un *homo urbanitas* o diseñador de las reglas de la vida urbana. En este punto hay que señalar que así como el *homo urbanus* (el albañil) construye ciudades para sobrevivir, el *homo urbanitas* diseña las reglas de convivencia urbana con el mismo objetivo: sobrevivir, pues para que los seres humanos se adapten y se desarrollen en el entorno socio-cultural que les toca vivir, requieren, forzosamente, de una formación en conocimientos, normas, lenguajes y valores para poder relacionarse con los demás, de lo contrario no se adaptan, no se desarrollan y se marginan de la vida social.

Una vez que el ser humano adquiere y se desarrolla como *homo urbanitas* (socializado según el conocimiento disponible de cada época histórica) no renuncia a seguir construyendo y expandiendo sus dominios urbanos por el orbe, pero ahora con una impronta cultural determinante, que es la que le va a permitir mantener e imponer a los demás (pueblos y culturas) un dominio cultural o estilo de vida dominante<sup>4</sup>. Así, el éxito no sólo radica en la majestuosidad física de obras arquitectónicas (murallas, templos, plazas y acueductos), sino, sobre todo, en la ingeniería o funcionalidad diseñada para dichas obras urbanas. La historia de las expansiones coloniales mucho tiene que ver precisamente con la imposición de dominios culturales pero también con la imposición de dominios urbanos en los nuevos territorios. A veces, dichas imposiciones urbanísticas pueden interpretarse como aportaciones o como despropósitos tanto para la cultura dominada como para el entorno natural invadido. Javier Echeverría (1999: 47) sostiene que “la expansión del segundo entorno por todo el planeta compendia la historia humana, a diferencia de la prehistoria, caracterizada por el largo proceso de adaptación del ser humano a la naturaleza”.

Desde que comenzamos a edificar nuestras primeras moradas hasta hoy en día, los seres humanos no hemos dejado de fungir como *homo urbanus*; seguimos urbanizando el planeta a

---

<sup>3</sup> Javier Echeverría (1999: 41-42) se refiere al entorno urbano como “segundo entorno” y afirma que “sus formas canónicas son los pueblos y las ciudades en las que viven la mayoría de los seres humanos. En esos espacios urbanos se han desarrollado diversas formas sociales [como la vestimenta, la familia, la persona, el individuo, el mercado, el taller, la empresa, la industria, el dinero, los bancos, las escuelas, los cementerios, la escritura, la ciencia, las máquinas, el derecho, la ciudad, la nación, el estado, las iglesias, etc.] (...) El desarrollo del segundo entorno no implica la desaparición del primero (el medio ambiente), pero sí su modificación, a veces muy profunda (...) La sociedad industrial, con sus grandes ciudades, metrópolis y megalópolis es la forma más desarrollada del segundo entorno (...) Págs. 41-42

<sup>4</sup> Los seres humanos no alcanzan dicha expansión cultural sin la capacidad de expresar o denominar las cosas más importantes y concernientes de los entornos circundantes (ya sean urbanos o naturales); dicha habilidad expresiva les va a permitir tener el control sobre las cosas que aprenden a denominar.

marchas forzadas, sometiendo al entorno natural no sólo a nuestras finalidades de supervivencia, sino sobre todo a nuestros intereses de especulación económica, llegando hasta el punto de cambiar el perfil orográfico de las costas con kilómetros de cemento, edificar complejos urbanísticos en las desembocaduras naturales de los ríos, crear megalópolis superpobladas y muy contrastadas socialmente que se caracterizan no sólo por la difícil y costosa habitabilidad, sino también porque prácticamente son escenarios urbanos en donde la inseguridad ciudadana es el aspecto más característico y dominante.

Tal parece que el *homo urbanus* se ha impuesto al *homo urbanitas*, o tal vez hay que decir que la principal razón de ser del *homo urbanitas* es convertirse en un eficiente y resolutivo *homo urbanus*. Lo que está claro es que la evolución de la “urbanidad” humana consiste precisamente en una progresión inacabable en la que los dominios humanos más dominadores se imponen sobre la naturaleza y sobre otros dominios humanos más débiles. Dicha progresión humana que quiere dominarlo todo (incluyendo estaciones orbitales y sondas siderales que viajan por los confines de nuestra galaxia) construye y mantiene los entornos urbanos actuales en los que habitamos y que, además, nos colocan en el centro de los infortunios de nuestra época, en la que se ha incrementado tanto la fabricación de riesgos como el padecimiento de trastornos destructivos.

### **Vestigios de vida urbana**

Cuando se descubre un vestigio urbano se suele interpretar tomando en consideración algunos de los siguientes aspectos: la concentración de actividades improductivas; la densidad poblacional del espacio; las formas culturales y comerciales propias; el desarrollo de actividad científica; y, sobre todo, las formas de organización política-administrativa, en las que, además de asegurar el funcionamiento de la vida urbana, se detecta la dominación de una clase social sobre otra. En este sentido, los yacimientos más antiguos de los dominios urbanos y, en especial, de los dominios de vidas urbanas son los asentamientos sedentarios y relativamente densos de población que se sitúan al final del periodo neolítico, destacando en importancia Mesopotamia, Egipto, China e India entre el 3500 al 2500 antes de nuestra era. En estos asentamientos la vida urbana se lleva a cabo principalmente por algunos miembros cuya estancia directa en el campo de cultivo y en la producción agrícola no era necesaria; se trata de sacerdotes, escribas, administradores y políticos que representan la parte dominante de las nuevas relaciones sociales de poder.

### **Cuando “ciudad” significa “seguridad”**

Así como el útero materno protege y posibilita la reproducción biológica, y el hogar familiar cuida y facilita la formación individual, la ciudad también es un ámbito protector de la existencia y el desarrollo de las sociedades. Es verdad que las ciudades siempre tratan de garantizar la seguridad de sus ciudadanos frente a las agresiones enemigas y externas. Para ello, durante

siglos, el amurallamiento se convierte en la práctica más habitual de defensa de las ciudades hasta que dicho papel posteriormente se le asigna a los Estados.

Pero vayamos por partes, las **ciudades-estados grecorromanas** compatibilizan los entornos urbanos amurallados (fronteras de seguridad hacia el exterior) con los espacios abiertos y públicos (fronteras de libertad hacia el interior); así, obras tan destacadas como el ágora, el foro, las termas, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, posibilitan una vida urbana dialogante (democrática) aunque no para todas las clases sociales, sino solamente para los ciudadanos libres. De las sociedades esclavistas grecorromanas podemos destacar dos ejemplos en los que las murallas no ayudan a preservar la seguridad de sus ciudadanos. *La peste de Atenas* referida por Tucídides en su obra *La guerra del Peloponeso* (428 a.d.n.e.) y *La erupción del Vesubio que destruyó Pompeya* (y Herculano), relatada por Plinio El Joven (79 d.n.e). En ambos casos los relatos de los entornos urbanos destruidos se convierten, quizá por primera vez, en los escenarios más significativos e importantes a la hora de registrar y medir la destrucción catastrófica.

Las **ciudades medievales**, incluso las que aún pueden visitarse, destacan por sus fuertes fortificaciones que no sólo sirven para resguardar a las poblaciones de los peligros exteriores sino también para ensimismar más a sus pobladores en un ambiente muy estructurado y cerrado en cuanto a ideas políticas y religiosas. En aquellos burgos los habitantes no tienen mucha claridad para diferenciar entre los espacios públicos y privados; la seguridad es una razón celestial y las situaciones de inestabilidad se perciben y se explican como castigos divinos. La vida urbana, en esta larga época, queda aislada de los asuntos de interés general hasta que la nueva clase social burguesa, en su frontal resistencia al feudalismo, suscribe nuevos valores de ahorro económico e inversión financiera para dinamizar los mercados de ciudades portuarias como Génova o Venecia. Si los puertos y sus habitantes se abren al tráfico de mercancías (y de información manuscrita) también se exponen con mayor facilidad al contagio de enfermedades. A mediados del siglo XIV, un gran número de ciudades europeas se enfrentan a una de las mayores situaciones de inestabilidad de la Historia: la peste negra. Las consecuencias de esta catástrofe, con más de veinte millones de muertos, marcan radicalmente la vida urbana medieval como punto de inflexión hacia una sociedad diferente (la renacentista)<sup>5</sup>.

En las **ciudades “pre-modernas”** (entre 1450-1750) la seguridad de la vida urbana está respaldada por la consolidación de los distintos Estados absolutistas. Los soberanos responden directamente ante Dios y no están sujetos ni al Papa ni al Emperador, ni tampoco

---

<sup>5</sup> Se cree que la epidemia proviene de Asia, probablemente de la India, y que llega a Europa como consecuencia de los contactos comerciales que las grandes potencias mercantiles de Italia sostienen con el próximo oriente. Se piensa que la tripulación de un navío genovés, habiéndose contagiado en Kaffa (Crimea), introduce la enfermedad desembarcando mercancías junto con ratas infectadas. Desde Italia, la peste alcanza en 1348 la Provenza, el Languedoc, la Corona de Aragón, Castilla, Francia y el centro de Europa. En los años siguientes (1349–50), se extiende por Inglaterra, el norte de Europa y Escandinavia.

rinden cuentas a sus propios vasallos. La famosa frase atribuida a Luis XIV “el Estado soy yo”, simboliza perfectamente la concentración de poder en el monarca. La inestabilidad social, por tanto, no se percibe directamente, comienza a ser desbancada por la oficialidad de los relatos del acontecer controlados por la maquinaria periodística del Estado absolutista, es decir por la manipulación de los acontecimientos en función de sus propios intereses políticos. La imprenta ofrece la posibilidad de mostrar los primeros detalles de la recreación visual de la inseguridad, los súbditos refuerzan sus creencias tremendistas al hojear los Mercurios y las Gacetas que, sin cuestionamientos, demuestran situaciones de inestabilidad social como es el caso del Incendio de la City londinense (1666), en el que arde el 80% de los edificios de la ciudad. Las explicaciones de la destrucción no son exclusivamente de carácter divino, sino más bien de carácter oficial: el fuego se inicia en una panadería, pero para justificar el alcance destructivo se dice que es provocado por conspiradores extranjeros, ya que por esos años Inglaterra está en guerra con Francia y Holanda.

Con la Ilustración las **ciudades modernas** (hacia 1750) tienen una vida urbana mucho más dinámica y participativa. Es la época en la que la razón intenta reunir en una magna obra enciclopédica los conocimientos socialmente disponibles, se re-diseñan y se re-edifican espacios urbanos para facilitar las relaciones sociales y para incentivar el interés general de una naciente opinión pública e ilustrada. La inseguridad ciudadana deja de ser un tabú y pasa a ser un tema de discusión política, un asunto opinable y, al mismo tiempo, una situación que no sólo interesa sino que concierne a todos los individuos pensantes y críticos. En 1755, el terremoto, y el consiguiente tsunami, que destroza la ciudad de Lisboa cambia radicalmente la relación entre entorno urbano y riesgo porque aunque también se explica la tragedia por causas de enfados divinos, la afectación no se centra sólo en el individuo, sino en la colectividad ciudadana. El marqués de Pombal se encarga de las tareas de reconstrucción y de apoyar los estudios que a la postre desencadenan las ciencias sismológicas.

En las **ciudades modernas** (hacia 1830) la vida urbana se desarrolla estrechamente con la **Revolución Industrial**; primero porque la emigración hacia los centros urbanos proporciona la fuerza de trabajo esencial para la industria y luego porque se salta de una economía doméstica a una de manufactura y después a una de fábrica. Se produce así una relación sinérgica entre el desarrollo de la industria y el proceso de urbanización: centro de producción = núcleo urbano. Es la época en la que los medios de transporte (ferrocarril) y de comunicación (telégrafo, periodismo industrial, agencias de información) juegan un papel determinante, reduciendo tiempos y distancias, a la hora de agilizar las interacciones sociales de la vida urbana. La inseguridad ciudadana, en este contexto, es un problema de desigualdad social para la clase obrera, pero para la clase dirigente (política y empresarial) es más bien un problema que compete a un Estado-nación (con claras delimitaciones territoriales en los mapas). Así, la ideología nacionalista “conmueve a las masas y también las moviliza tras consignas que alientan un nuevo sentimiento de pertenencia que las enorgullece: la nación

aparece convertida en el moderno trasunto de comunidad que a todos integra y a todos hace sentir iguales” (Gloria González, 1999: 75).

### **Las ciudades: nuevos escenarios del riesgo catastrófico**

Las ciudades más importantes del planeta durante el **siglo xx** comienzan a configurarse como unas auténticas trampas para la seguridad ciudadana. Es cierto que se trata de la época de los grandes avances tecnológicos en la industria y en el bienestar social, pero también destacan deshonrosos ejemplos (entre 1914 y 1945) en los que el interés militar convierte a las ciudades en puntos estratégicos de hazañas bélicas,<sup>6</sup> hoy en día tristemente recordadas: hace 69 años, por ejemplo, no muy lejos de aquí, los aviones alemanes de la Legión Cóndor bombardean la villa vizcaína de Guernika: la primera vez que se tiran bombas a un entorno urbano; el episodio cumbre de la destrucción urbana y ciudadana (urbanicidio) en toda la Historia de la humanidad lo representen los lanzamientos de las primeras bomba atómicas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki<sup>7</sup>.

Las principales urbes de la segunda mitad del siglo xx son, en realidad, los nuevos escenarios del riesgo. Es la época en donde el desarrollo tecnológico y productivo incrementa las contradicciones entre urbanismo y naturaleza y a su vez incrementa la inter-afectación destructiva de ambos entornos.

Si bien hoy en día se presenta un nivel de riesgo generalizado, éste se ha trasladado –imponiéndose con mayor intensidad– hacia los contextos o escenarios donde tiende a concentrarse masivamente la población, pero principalmente donde confluyen los elementos determinantes que expresan el máximo nivel de desarrollo alcanzado por el capitalismo; por ejemplo, donde han madurado las fuerzas productivas, donde las relaciones de producción dominantes tienen lugar, donde las relaciones sociales se expresan de manera absoluta y donde la competencia y el mercado -expresión principal del capitalismo- se han desarrollado de manera más amplia. Este nuevo contexto; es decir, este nuevo escenario del riesgo es la ciudad (Elizabeth Mansilla, 2000: 67).

Las ciudades contemporáneas, en sí mismas, no son más peligrosas que las ciudades construidas en otras épocas, algo así da pie a pensar que no ha habido avances en el conocimiento y en las técnicas constructivas. No, lo que nos hace más vulnerables al riesgo es

---

<sup>6</sup> Hay que advertir que las consideraciones militares han tenido mayor presencia en los debates sobre urbanismo occidental realizados en el siglo xx, que lo que generalmente se cree. Stephen Graham (2004), profesor de Geografía Humana en la Universidad de Durham, Reino Unido no dice que “un factor que influyó en los planes de Le Corbusier de los años 30 fue diseñar edificios altos para hacer menos vulnerable el espacio urbano ante emergencias técnicas o bombardeos aéreos y ataques de gas (el asunto es irónico, dado que los rascacielos son considerados, tras el 11 de septiembre [de 2001], como extremadamente vulnerables)”.

<sup>7</sup> Mueren más de 300 mil personas y muchas otras quedan afectadas seriamente, incluso las que pertenecen a generaciones posteriores.



nuestra forma de vida urbana. Citando a Anthony Giddens (2002: 47) podemos decir que “vivimos en un mundo donde los peligros creados por nosotros mismos son tan amenazadores, o más, que los que proceden del exterior. Algunos de ellos son verdaderamente catastróficos, como el riesgo ecológico mundial, la proliferación nuclear o el colapso de la economía mundial”. En consecuencia, aunque se han eliminado riesgos que anteriormente podían tener consecuencias catastróficas para los individuos, se han ido creando otros nuevos. La fase actual de la modernidad (o de la post-modernidad) se caracteriza, por lo tanto y a partes iguales, por la creación y dotación del bienestar social así como por la producción de unos riesgos cada vez más difíciles de conocer (prever/identificar), controlar (erradicar/atenuar) o gestionar (administrar/recuperar).

### **Los nuevos riesgos urbanos**

Las ciudades de nuestra época no son más seguras y estables en los márgenes del bienestar individual y colectivo, más bien los riesgos aumentan progresivamente, incrementando las posibilidades de que aparezcan crisis, tragedias y catástrofes. Si tenemos que hacer una caracterización de las urbes contemporáneas destacaríamos cinco aspectos:

1. **Elefantiasis urbana** (crecimiento anormal e incontrolado de no-lugares<sup>8</sup>). Las ciudades crecen en condiciones altamente desfavorables, sobre todo en los países subdesarrollados. Grandes extensiones de asfalto, casas, coches y cables configuran paisajes que, como es el caso de la Ciudad de México, llegan a convertirse en un atractivo turístico para los pasajeros de los aviones que despegan o aterrizan en esa megalópolis. En algunos países desarrollados, como es el caso de España, la elefantiasis de las ciudades obedece más bien a motivos de especulación económica.
2. **Superpoblación aglomerada** (no-población). Alta concentración de la población en pocas ciudades. Además de no tener un control estadístico (sanitario, educativo, laboral, etc.) se manifiesta drásticamente una profunda desigualdad social, la insuficiencia en los niveles de equipamiento e infraestructura y los efectos de las graves crisis económicas expresadas en desempleo, marginación, déficit en la vivienda y en la prestación de muchos servicios de primera necesidad. Las aglomeraciones urbanas, al demandar agua en cantidades exageradas, afectan a los cultivos de regadío; contaminan y degradan las zonas públicas con mucha rapidez y facilidad.

---

<sup>8</sup> El no-lugar “se opone a todo cuanto pudiera parecerse a un punto identificatorio, relacional e histórico: el plano; el barrio; el límite del pueblo; la plaza pública con su iglesia; el santuario o el castillo; el monumento histórico..., enclaves asociados todos a un conjunto de potencialidades, de normativas y de interdicciones sociales o políticas, que buscan en común la domesticación del espacio. Augé clasifica como no-lugares los vestíbulos de los aeropuertos, los cajeros automáticos, las habitaciones de los hoteles, las grandes superficies comerciales, los transportes públicos, pero a la lista podría añadirse cualquier plaza o cualquier calle céntrica de cualquier gran ciudad (...) en que proliferan ‘los puntos de tránsito y las ocupaciones provisionales’” (Manuel Delgado, 1999: 40. Citando a Marc Augé, 1993:83)

3. **Polarización** (contraste): Hace años que la mayor parte de la población mundial vive en ciudades, pero ahora, por primera vez, la mayoría de la población pobre del mundo habitará en las ciudades tanto de países subdesarrollados como de países ricos. La importante inmigración que reciben las ciudades del mundo desarrollado facilita que las ciudades vuelvan a fortificarse para separar a unos ciudadanos de otros. Proliferan los barrios cerrados (las *gated communities*) que son

Espacios gestionados de forma privada, vigilados por compañías también privadas, a los que está restringido el acceso. Pero en estas ciudades cada vez más duales, junto a estos barrios exclusivos también se consiente la existencia de guetos de infravivienda, barrios sub-equipados, espacios de acogida (poca) de aquella población que molesta, espacios convenientemente separados de las comunidades de clase media” (Rosario del Caz: 2002).

La polarización de la vida urbana conforma un "caldo de cultivo" ideal para el incremento y consolidación de fenómenos de fragmentación, segregación e incomunicación social. Los intercambios sociales se aprecian más bien como “mezclas étnicas” que como “relaciones interculturales”.

4. **Mayor vulnerabilidad al riesgo catastrófico** (más que en cualquier otra época histórica). El incremento de vulnerabilidad se debe a que estamos más expuestos a los peligros que pueden desencadenar afectaciones destructivas. Es evidente que la fragilidad al trastorno que padecemos se debe a que

Las sociedades modernas están enfrentadas con una conciencia creciente del riesgo porque *cada vez hay más decisiones que se toman en una atmósfera de incertidumbre*. Esta perspectiva tiene el mérito de interpretar el sentido del riesgo como una construcción social, relativa a la conciencia subjetiva dominante, más que como un reflejo ante peligros reales (...) El miedo no entiende el principio de razón suficiente (Daniel Innerarity, 2004: 152. Las cursivas son nuestras).

5. **La seguridad: el nuevo paradigma de la vida urbana.** Contratar o comprar seguridad se ha convertido en un hecho común en la mayoría de nuestras ciudades. Diferentes dispositivos se van incorporando a la estética citadina: barreras, garitas, casetas, vallas, alambradas, dobles ventanas, alarmas. Las urbanizaciones, por cierto, las que edifican con ostentación su aislamiento del entorno urbano que las rodea, cada vez tienen más éxito tanto en los cascos urbanos como en las zonas suburbanas, incluso comienza a ser una práctica habitual en poblaciones pequeñas. En consecuencia, la seguridad es el rasgo más valioso para entender la vida urbana de hoy en día. Las nuevas murallas urbanas no son necesariamente grandes paredes divisorias, sino rádares, cámaras de vídeo, detectores,

escáneres... Se trata de toda clase artilugios tecnológicos que nos brindan seguridad, pero no para defendernos del miedo y la incertidumbre del mundo alejado y desconocido, sino más bien para aislarnos hermética e individualmente de los demás.

No deja de ser paradójico que la seguridad se convierta en el nuevo paradigma de la sociedad del riesgo sobre todo

Si tomamos en cuenta que al avanzar el proceso histórico de modernización –cuya fase más reciente hoy llamamos globalización–, lo que asciende no es el nivel agregado de seguridad pública y bienestar humano –como sostenía la ingenua ideología del progreso continuo con que nació la modernidad ilustrada–, sino, por el contrario, el saldo neto de inseguridad colectiva y riesgo social. Así que cuanto más modernos nos hacemos, más peligrosa e incierta resulta la modernidad y más se incrementa la probabilidad de que ocurran crisis, catástrofes y desastres sin cuento (Enrique Gil Calvo, 2003:23).

### **Seguridad ciudadana vigente: “mientras no me pase nada”**

En las sociedades tradicionales y comunidades urbanas más antiguas la seguridad se asocia a la ayuda y se entiende como un bien adquirido, en cambio, en las sociedades actuales, la seguridad ciudadana se interpreta más bien como un bien adquirible, para reforzar los ineficientes y obsoletos bienes adquiridos que públicamente ofrecen las instituciones sociales (familia, escuela, iglesia, estado, hospitales, juzgados, etc.). Es obvio que la seguridad que compramos a las compañías privadas –con contratos a perpetuidad– no sirve para aclarar la confusión imperante en la que se vive, sino más bien sirve como una vía de escape para no ver ni pensar en la inseguridad, a pesar de percibir cotidianamente situaciones de incertidumbre.

El urbanismo contemporáneo, por su parte, ya no está tan comprometido en diseñar lugares públicos de encuentro (para intercambiar y compartir, para relacionarse y comunicarse con los demás), más bien el urbanismo vigente está comprometido en diseñar lugares públicos para el tránsito, la circulación, el libre paso, la movilidad de mercancías, de información y de personas; de aquí que “la ausencia de ágora (apunta Darío Padován, 2004:103) deja a los individuos aislados y con miedo, a merced de los peligros y riesgos de su alrededor”.

La seguridad ciudadana vigente, valor paradigmático de la sociedad del riesgo, se estructura y se refuerza en función de los miedos socialmente compartidos y de los temores convencionalmente aceptados. Daniel Innerarity (2004: 153) destaca que

Donde antes había carencias visibles hay ahora riesgos difusos. Las sociedades de clases estaban interesadas en la igualdad; las sociedades del riesgo se afanan por la seguridad. El vínculo de la necesidad ha sido sustituido por el vínculo del miedo, y los peligros visibles por los riesgos invisibles. Pero aquello que escapa de la percepción no

se convierte en algo irreal; su escasa visibilidad puede incluso agudizar la inquietud y el sentimiento de inseguridad.

### **Conclusión: riesgo y trastornos urbanos**

Cuando se borran y se distorsionan las fronteras de las ciudades y de los países, cuando es posible moverse en muchas direcciones pero llegar cada vez a menos destinos, cuando escasean las referencias fiables, cuando crecen la desorientación y la percepción de vulnerabilidad a padecer un daño irreparable, el individuo reclama un mínimo de seguridad que lo proteja del miedo, no del desconocimiento.

No hay que olvidar que lo que le ayudó al *homo urbanus* a desarrollar y a progresar como *homo urbanitas* o protagonista de la vida urbana fue la habilidad de saber distinguir de los entornos circundantes (ya sean naturales o urbanos) los aspectos que más le concernían y le comprometían para sobrevivir individual y colectivamente; sin embargo lo que en los momentos actuales nos atenaza y nos deja indefensos, ante los riesgos catastróficos de nuestra época, es precisamente lo contrario, la falta de interés y de habilidad para saber apreciar lo que más nos incumbe, concierne y nos compromete. Al no tener mucha ambición por armonizar la vida urbana y los entornos naturales nos conformamos con sobrevivir con lo puesto, egoístamente, “mientras no me pase nada”. De todas formas, exigir ahora seguridad como un derecho ciudadano es un planteamiento sin capacidad de respuesta porque la vida urbana ya no tiene la antigua capacidad de defensa ni existen lugares en nuestras ciudades totalmente invulnerables ni con protecciones absolutas.

Madrid, abril de 2006  
Carlos Lozano Ascencio

## Bibliografía:

- Beck, Ulrich (1991). "La irresponsabilidad organizada". Valencia, *Debats* 35-36.
- Beck, Ulrich, Giddens, A. Lash, S (1997). *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza.
- Caz Enjuto, Rosario del (2002) "Rasgos de un urbanismo no violento" Valladolid, *Informe Valladolid 2002. "Los derechos humanos y la ciudad"*
- Delgado, Manuel (1999) *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- Echeverría, Javier (1999) *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona. Destino (1995) *Cosmopolitas domésticos*. Barcelona, Anagrama.
- Farré Coma, Jordi (2005) "Comunicación de riesgo y espirales del miedo".Guadalajara, *Comunicación y Sociedad* N° 3.
- García Acosta, Virginia (2004) "La perspectiva histórica en la antropología del riesgo y del desastre. Acercamientos metodológicos" México, D. F. *Relaciones* N° 97. CIESAS
- García González, Gloria (1999) "La conformación de la moderna prensa informativa" en Gómez Mompert, J L y Marín Otto E. *Historia del periodismo universal*. Madrid, Síntesis.
- Giddens, Anthony (2002) *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus.
- Gil Calvo, Enrique (2003) *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*. Madrid, Alianza.
- Innerarity, Daniel (2004) *La sociedad invisible*. Madrid, Espasa.
- León Rodríguez, Rafael (2004) "Ciudades inseguras, blindaje urbano y simulacro urbanístico". Valladolid, *Informe Valladolid 2004 "Sobre el derecho a la seguridad"*.
- López Cerezo, José Antonio y Luján, José Luis (2000). *Ciencia y política del riesgo*. Madrid, Alianza.
- Lozano Ascencio, Carlos (2004) "La percepción social de la incertidumbre o la facilidad que tenemos para sentirnos inseguros". Valladolid. *Informe Valladolid 2004 "Sobre el derecho a la seguridad"*.
- Mansilla, Elizabet (2000). *Riesgo y ciudad*. La Red (Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina <http://www.desenredando.org/public/libros/2000/ryc/index.html>)
- Ramentol, Santiago (2004). *Teorías del desconcierto. Viaje al fondo de la incertidumbre: los pensadores que diseñan un futuro global*. Barcelona, Tendencias.
- Reguillo Cruz, Rossana (1996) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara, ITESO.